

A mi hermano,
por siempre un implacable.

*“Él vive sin dificultad porque importa radios del Japón
y juegan al golf como toda la vida, mi dulce y
tranquilo hermano mayor,
que ha sobrellevado el peso de
la agonía de mi madre que esta noche
murió de hambre.”*

El jardín de al lado,
José Donoso

*“... diferencias sutiles que pasaban inadvertidas para los
caxlanes:
mayas, choles, zendales, mames, tzutuhiles, indios todos.”*

La rebelión de los zendales,
Ronald Flores

1.

Por eso aborrecía a mi padre y juré que nunca sería como él. Ese juramento me llevó a huir de su recuerdo estancado en esa casa, en esa patria ya dejada atrás. Pero ahora que veo esa misma imagen reflejada en mi sombra sobre este libro grueso y abierto de teoría, sé que ella me hunde, en este instante, el mismo cuchillo que utilizó mi madre.

El sonido dentro del Transmetro, su motor, su aislado sonido de carros en el exterior, rumor de personas hablando. Envuelto en lo hermético del interior de ese transporte público. Se daba en un ambiente viciado y denso de las horas de tráfico y sobre todo en los días de invierno lluvioso.

A veces se preguntaba si su nivel de concentración aumentaría si fuera sentado y el aire menos cargado de respiraciones. Si su lectura podría ser más intensa, tan sólo, con que alguna vez no le tocara transportarse en las horas de más aglomeración.

De todos en mi familia

POR FERNANDO PENNA RODRÍGUEZ

Y aunque estos buses del Transmetro, también llamados Gusanos debido a su tamaño duplicado por la unión efectuada de dos buses de tamaño normal en un tipo de diseño copiado a los Metros de Superficie de grandes ciudades del Sur como Bogotá o Río, cuentan con una iluminación óptima y unas ventanas amplias que permiten desde fuera ver al usuario que va dentro: poco más abajo de la mitad del cuerpo hasta sus brazos colgados del pasamanos, permitiendo una visibilidad mayor y una sensación de mayor amplitud; pero no bastando para que la inevitable y ahogante experiencia de las horas pico sea una sensación de estrechamiento máximo.

Aún así, y precisamente por eso, el empujamiento por tratar de leer en ese vehículo en movimiento constituía su necesidad. Poder susstraerse de ese enlatamiento de dos horas. Soportarlo. Sin embargo, para él no sólo era una necesidad en esas inaguantables dos horas.

No hace mucho había descubierto, también, su manía inconsciente de ocultarse tras el papel escrito -detrás de los textos-, encuadernado, hecho libros. La mayoría de las veces los prefería gruesos y abiertos ante sus ojos. En lecturas incansables. Fue un domingo después del almuerzo cuando leyó lo mismo que le estaba ocurriendo. Fue pura ilusión. Había leído diez páginas sin parar y en un parpadeo se dio cuenta que nada de lo que había leído era cierto, todo había sido una

invención de su mente. Releyó y ninguna de las líneas que había leído existía físicamente impresa, ninguna de las páginas que había estado pasando. Una tras otra, en una lectura que había creído atenta. Supo que aquello era como una copia de su original, de su pensamiento, una especie de extraño suplemento. Como si se leyera. Desde ese día se dio a la tarea de explorar dicho fenómeno.

Encontró que ese raro efecto, donde los lectores se leían a sí mismos, en sus momentos presentes, en su *estar-ocurriendo-ahora*, ya era una cuestión documentada y que de formas magistrales había quedado expresada. Lo supo con toda claridad cuando leyó el cuento *Continuidad de los parques* de Cortázar, también lo encontró con fuerza en el segundo Quijote, en Hamlet, pero lo logró encarar en su totalidad cuando lo experimentó en un minicuento titulado *La pareja humana* en una antología de narrativa centroamericana realizada por Francisco Méndez. De un autor que en ese momento trató de recordar, pero después de unos minutos de esfuerzo no pudo. Siempre había tenido mala memoria para los datos, fueran fechas, direcciones, nombres, lugares, pero no así para los sentidos y los esquemas. Se dijo que cómo era posible que recordara tan vívidamente la sensación de sorpresa del personaje, incluso la experiencia física de ese objeto punzante en el cuento y no la página o el lugar del cuento, entre el tercero y el quinto, por ejemplo o algo así, pero ni siquiera el autor.

Mi hermano tomó el control de la situación mientras estábamos abatidos tal vez por eso lo amo, siempre lo he sabido, que de todos en mi familia es al que más amo, al que más he amado, aunque desde pequeño así fue, en realidad fue esa noche que mi amor para con él fue definitivo, implacable y hasta el día de hoy, esto que siento por él, me acompaña sin menoscabo ni arreglo.

Reanudó su intento de recordar. Una manera de no enfrentarse a lo que otra vez estaba viendo en la lectura que tenía entre manos. Se miraba en el papel, esa sombra.

No quería verse como aquella primera

vez, en esa tarde de domingo. A pesar de que todo este tiempo se había encontrado muy alerta de ese suceso. No tanto para que no le ocurriera, sino para poder esquematizarlo cada vez que sucediese. Pero ahora se le daba como un mecanismo de defensa que no lograba dibujar en una especie de diagrama: se proyectaba su imagen en el papel. Se sorprendió, no leía unas líneas, unas frases inexistentes en el papel, sino la imagen de su propia sombra.

Lo arregló todo. Bien elaborado. Quedó montado como un acto de defensa personal por una mujer maltratada. Esa noche mamá lloró con muchos pujiditos sordos.

Como un reflejo. Similar al que se ve en el vidrio de esta ventana del Transmetro, que de tanto pasar las cosas detrás a determinada velocidad que ya el ojo no le da sentido al flujo que pasa, sino al resplandor que queda sobre, como en esta hoja de papel que por el efecto de la luz del sol, que entra de distintas partes, hace aparecer en este libro grueso y abierto.

Me preguntó quien proyecta esos defectos que logro leer. ¿La sombra? ¿Yo? Sé con certeza que se trata de mi sombra, pero no por eso dejo de sentir con dolor la confusión de ver la imagen ... Ya no importan las letras, las palabras que pasan detrás, no importa lo que significan, la historia que cuentan, sino la sombra bien delineada que queda y proyecta mi cabeza.

2.

A pesar de ser centroamericano, cuando llegué aquí buscando trabajo, me seguían tratando como un extranjero más, así que tuve que ganarme la vida dentro de las actividades de la economía informal; vendiendo aquí, vendiendo allá, que si esto, que si lo otro. Luego, después de pasarla por diversos trabajos de poca monta, encontré éste, tedioso la mayor parte del tiempo, mecánico otras veces. Casi nunca requiere de la utilización de toda mi capacidad mental, apenas y

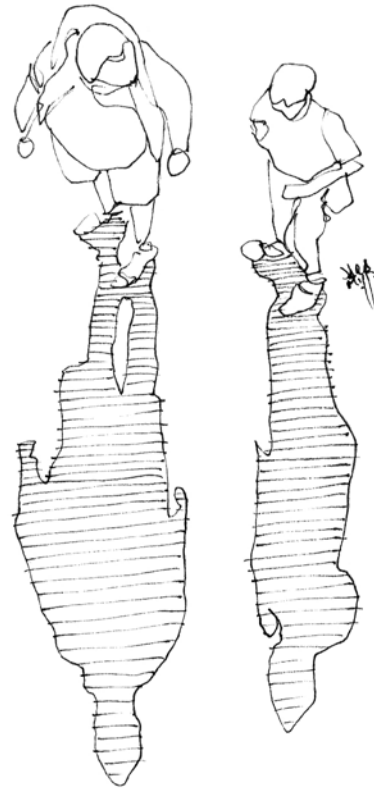
unos instantes de mi concentración, así que paso el tiempo con mis pensamientos fuera de las cuatro paredes de esta bodega. Donde simplemente voy llevando el registro de entrada y salida de material de distinta índole.

Saliste de tu país, a pesar de las muchas razones que dijiste, que te dijiste, la única verdadera es que querías huir de la figura de tu padre ya muerto.

Al principio no niego que me costó, pero a la tercera semana mi cerebro logró mecanizar el procedimiento establecido. Sus entradas y salidas. En realidad lo más difícil es pasar del primer formato al segundo. Después el resto de registros toma su curso por sí solo. Es en este primer pasaje donde se da la verdadera clasificación, de ahí se procesa y se toma el criterio en base al protocolo ya establecido. Que consiste en girar varios tipos de recibos a los distintos departamentos ya designados según el tipo de material que ingrese o que salga. Dichos recibos son los que le dan continuidad al proceso de supervisión y control, que otros como yo en otros departamentos simplemente transcriben, vuelven a registrar y a su vez traspasan a otros entes superiores.

Y eso fue precisamente lo que se me dificultó al principio que tenía que entendérmelas con otros, de iguales funciones como yo, pero que por estar supuestamente en un nivel más alto al mío, le imprimían entonces un toque de estilo personal a lo ya dispuesto en el protocolo, entonces tenía que agarrarle el juego a cada uno de los secretarios de cada departamento.

Por último al final de la tarde se tienen que llevar los listados revisados y autorizados por las supervisiones correspondientes al departamento de mensajería interna para que allí los consignen dentro de unos folders para que a la mañana siguiente los encargados de las otras áreas puedan hacer un inventario de inicio del día, el cual tiene que cuadrar según los reportes de entrada y salida, que yo mismo hice llegar la jornada anterior. También verifican que se encuentren los respectivos sellos para a su vez sellar y girar de vuelta al departamento de archivo y estadística.



Cada semana, al final, el día viernes, se debe operar el procedimiento inverso. Individualizar los registros a unos archivos según cada departamento y al final de la quincena se debe tabular y pasarla a la Secretaría de la Supervisión General según el formato para ello.

Te quedaste sentado en un pequeño escritorio con tres archiveros detrás, de cuatro niveles cada uno: ese es tu refugio. Así te queda tiempo para refugiarte en la lectura. Y tu soledad apenas y se conmueve con unos cuantos arranques de nostalgia. Que cada mes resuelves en una cantinita del Centro Histórico.

Hasta que la conocí. Una india de este país. Nunca me acostumbré a romper el lenguaje cotidiano aprendido, utilizando esas formas medio antropológicas, medio políticas que poco me importan. Que si mayas, que si indígenas, que no indios que eso no sólo es una ofensa, que ya quedó tipificado como delito: DISCRIMINACIÓN. En mi país todos somos panameños y ya, unos negros, alguno que otro kuna, trigueños, mestizos, culizos, zambos y mulatos, pero todos panameños, no estas divisiones que ni ellos mismos soportan.

3.

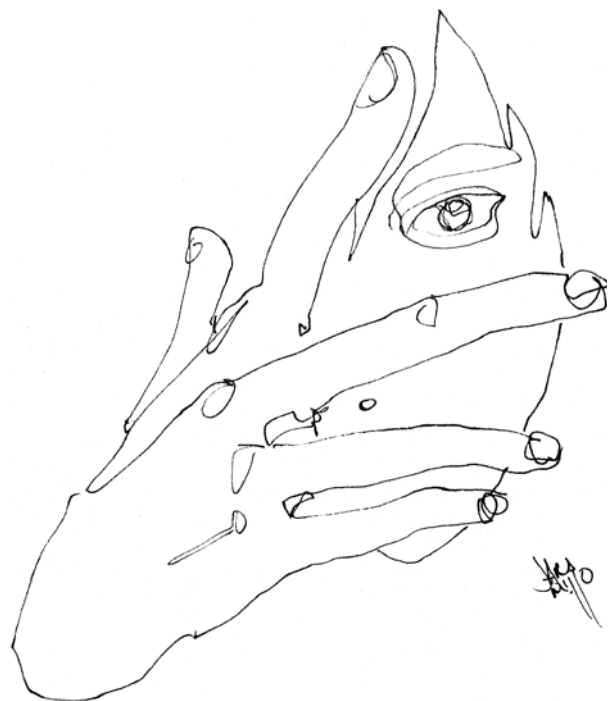
La comencé a asesinar poco a poco día con día. Un golpe acá, otro por allá. Mis lecturas en las horas de ocio en el trabajo desaparecieron. Mis momentos en el restaurante-cantina desaparecieron. Ahora me pasaba en el trabajo, pensando en cómo matarla un poco más ese día. Terminaba el trabajo a tiempo, lo hacía con más energía y salía pronto a tomar el transporte público y ya en el cuarto que alquilábamos ejecutaba mi estrategia para lastimarla. Consistía siempre en una situación o pretexto de entrada, un procesamiento de la situación, y una golpiza de salida. O tal vez un solo golpe, pero dado en una parte donde fuera contundente. Lastimada casi de forma definitiva. Y así la he ido matando poco a poco.

Tomabas la camioneta. Soportabas la apretazón del gusano sólo pensando en ella, en sus ojos, en su lejana semejanza. En lo que creíste, en un inicio, como un paso presuroso por tu vida.

Mi primer paso fue convencerla que dejara de trabajar, luego que se acomodara a la vida en el cuarto, a lo heroico y callado de la vida doméstica. Ya encerrada en ese estilo de vida comencé a golpearla. Al principio suavemente, luego cada

vez más dañino. Pero el culmen de mi estrategia era mantenerla psicológicamente saludable, nunca agredirla verbalmente, sabía que el día que lo hiciera iba a caer en la cuenta de todo lo que le estaba haciendo a su cuerpo. Todo iría a resonar en su conciencia. Lo importante era ir haciéndola cada vez más como un fantasma, una especie de espectro, deambulando hasta que yo llegara del trabajo.

Sin pensar en que día a día se seguiría quedando a pesar de lo repetitivo en que todo estaba volviendo a ocurrir. Ella te repetía a ti y tú la repetías a ella. Desde otra continuidad.



FERNANDO PENNA RODRÍGUEZ. Nació en Panamá en 1970. Residió algunos años en Guatemala. Ganó el Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" 2009, de la UTP. Ha publicado un libro de cuentos: *De todos en mi familia* (UTP, Panamá, 2010).